

la *Toma de Oecalia*. Calímaco, por el contrario, muestra claramente en un epígrama que Creófilo lo había compuesto y que se atribuía á Homero á causa de sus relaciones de hospitalidad con Creófilo: *Soy obra del samio que en otro tiempo recibió en su casa al divino Homero. Lloro los males que sufrieron Eurito y la rubia Folea. Llámame escrito homérico: por Júpiter! que es grande honra para Creófilo.*» De la Toma de Oecalia no queda mas que un verso, y falto.

No hemos agotado la lista de los poemas cíclicos. Nos hemos abstenido de hablar de todos aquellos de que solo sabemos el título, como la *Forónida*, la *Europa*, las *Corintiacas*, etc. Tampoco hemos enumerado los nombres oscuros de una infinidad de poetas, de quienes nada se sabe, á no ser que vivieron en unos siglos bastante próximos al de Homero y Hesíodo, y que se ensayaron en la epopeya. ¿Qué importa que hubiese un Quersias de Orcomena, un Asio de Samos, ú otro personaje no menos ignorado? Ni siquiera tenemos los títulos de sus obras.

Quizás no es mucha desgracia que se perdieran casi completamente las epopeyas cíclicas, si bien sentiríamos la desaparición de alguna, de la *Tebaida*, por ejemplo. Seguramente bebieron en esta antigua fuente los poetas que han hecho derramar tantas lágrimas por las desventuras de Edipo y sus hijos. Los demás poemas cíclicos tampoco serian inútiles á Esquilo, á Sófocles, á Eurípides, y á cuantos se dedicaban á realzar el lustre de los héroes de las primeras edades.

CAPÍTULO VII.

Poesía elegíaca y poesía yámbica.

ORÍGEN DE LA ELEGÍA.—RECITACION ELEGÍACA.—CALINO.—TIRTEO—ARQUÍLOCO.—SIMÓNIDES DE AMORGOS.—EL MARGITES.

Origen de la elegía.

Entre los griegos, el término elegía no tenía el sentido limitado que le damos, aplicándose á cantos de índole infinitamente diversa, los cuales solo se asemejaban en el metro en que estaban escritos. Toda composición poética, cualesquiera que fuesen el asunto y la dimension, en la cual alternaba el pentámetro con el hexámetro, era una elegía. El nombre propio de pentámetro era *ελεγος*, *elege*, y *επος* el de hexámetro. «Los versos pareados de longitud desigual, dice Horacio (1), sirvieron al principio para expresar la queja, y despues el contento. Pero sobre quien inventó los cortos eleges, los gramáticos están disputándolo, y la cuestion aun queda en pié.» En efecto, es probable que al principio el elegion, como decian, ó el verso doble, el dístico, como decian tambien, se habia empleado particularmente en los cantos de dolor y en las lamentaciones. La voz elegía se deriva, segun unos, de dos palabras que significan *decir ¡ay!* *ἀλῆγ εἶναι*, y segun otros, del término que significa *lástima*, *ἔλεος*.

Nada nos queda de los primeros ensayos elegíacos. Los más antiguos monumentos conocidos de la elegía nos

(1) *Arte poética*, v. 75 y sig.

muestran ya el pentámetro en posesion de todos sus privilegios, y no ceñido á la expresion de la queja, ó bien á la del contento. Calino y Tirteo no cantan sus pesares ni sus alegrías: cantan para avivar en el corazon de los hombres el amor patrio, para recordarles imperiosos deberes, y para sostener en las duras pruebas su valor próximo hartas veces á desmayar.

El verso elegíaco salió del verso heróico. Suprimase del primer verso de la *Iliada* la segunda sílaba del tercer pié y del sexto, y quedará un pentámetro, un elege. Todo hexámetro puede reducirse á pentámetro, con tal que los piés cuarto y quinto sean dáctilos; pues en el verso elegíaco está estrictamente determinada la cantidad, menos tocante á los dos primeros piés: el tercero es siempre espondeo, el cuarto y el quinto siempre anapestos, ó dáctilos vueltos. Con todo eso los poetas elegíacos de los primeros tiempos se aligeraron bastante el yugo. Llenaban las cinco medidas con palabras largas ó cortas, á su talante; descuidábanse con mucha frecuencia de cortar el verso en el hemistiquio, y no se curaban absolutamente de terminar la frase ó bien de suspender el sentido al fin del pentámetro. Sin embargo, los dísticos están en general aislados unos de otros, formando como otras tantas estrofas distintas. La invencion del verso elegíaco es pues el primer paso en la senda á cuyo término apareció la poesía lírica con sus excelentes y variadas formas.

Recitacion elegíaca.

El modo de recitacion aplicado á la elegía no diferiría al principio de la rapsodia ordinaria. Acompañábase

con un instrumento de cuerda; pero la declamacion acompañada fué poco á poco reemplazándose con un verdadero canto: el cantor dejó el laud, y llamó á su auxilio al flautista. Las elegías del arcadio Equembroto se cantaron al son de la flauta, cuando los Anficiones, despues de la conquista de Crisa, celebraron por primera vez los juegos Píticos en los primeros años del siglo VI antes de nuestra era. Nada empero impide creer que Calino y Tirteo cantasen las suyas acompañándose con la forminge ó la cítara.

Calino.

Calino de Efeso hubo de florecer en la primera mitad del siglo VII antes de nuestra era. «Ahora, dice él mismo, avanza sobre nosotros el ejército de los destructores cimierianos.» Tambien nombra á los treros como á enemigos, con quienes se ha de luchar. Esos treros y cimierianos eran unas hordas bárbaras que habian invadido el Asia Menor en tiempo de Ardis, y que fueron definitivamente expulsadas por Aliátes, no sin que antes asolaran durante largos años la Lidia y los países vecinos. Sárdes fué tomada dos veces durante aquella interminable guerra, Magnesia de Meandro fué arrasada, y las ciudades griegas sufrieron mil males. Relajados los jonios por una civilizacion refinada, y enteramente dedicados á las artes de la paz, habian degenerado mucho de la virtud guerrera de sus progenitores, y no resistieron mejor que los lidios á los primeros choques de los bárbaros. Los versos que les dirige Calino son un monumento que atestigua su debilidad é indecision ante el peligro. Esta elegía tan viva y sentida es ante todo una protesta del poeta contra la inaccion de sus conciudadanos

y un grito enérgico al sentimiento del deber en su alma adormecido. Segun todas las apariencias, data de los primeros tiempos de la guerra. La necesidad y la desesperacion reanimaron por fin el valor de los lidios. Calino no hubiera reconvenido tan duramente á los efesios cuando los bárbaros huian ante las armas de Aliátes. «¿Hasta cuándo esa indolencia, oh jóvenes? ¿Cuándo tendreis un corazon valiente? ¿No os avergonzais ante vuestros vecinos de abandonaros así cobardemente á vosotros mismos? Creéis vivir en la paz, cuando la guerra abrasa todo el país.... Y al morir arrójesse el último dardo. Que es honroso para el valiente lidiar contra los enemigos por su país, por sus hijos y por su legítima esposa. La muerte vendrá en el momento señalado por el hilo de las Parcas. ¡Ea, pues! marchad delante, con la lanza enhiesta; vuestro corazon, bajo el escudo, recójase en su valentía, en el momento de comenzar la pelea. Que no le es posible á un hombre evitar la muerte decretada por el destino; no, aunque tuviese á los inmortales por antecesores de su estirpe. Con frecuencia el que huye para evitar el combate y el ruido de las saetas, halla la muerte en su casa; pero en el pueblo nadie le ama: no deja afliccion alguna. Al otro, por el contrario, pequeños y grandes le lloran, si es desgraciado. Sí, la muerte de un guerrero de ánimo fuerte causa sentimiento á la nacion entera. Vivo, se le iguala con los semidioses. A los ojos de sus conciudadanos, es como una muralla; pues él solo vale por veinte.» Debemos decir, que, segun algunos, solo la primera parte de este poema seria de Calino, perteneciendo á Tirteo todo el resto, desde *y al morir*. Sin embargo, la semejanza de ideas y sentimientos se explica bas-

tante por la de las situaciones en que se hallaban ambos poetas, sin que se necesite suponer que Estobeo, que conservó aquellos versos, se olvidase de referir el último pasaje á su autor, ó que algun copista dejase de transcribir en esta parte el nombre de Tirteo. Como quiera que sea, nos inclinamos á creer que los efesios no aguardaron hasta el último momento para sacudir su letargo, y que aquellos patrióticos acentos contribuyeron algo á este fin. La musa de Calino era digna de salvar á Efeso y la Jonia.

Tirteo.

Tirteo era contemporáneo de Calino. La segunda guerra de Mesenia, en la cual tomó tan gloriosa parte, comenzó en el año 685 y terminó en el de 668. En 685 Tirteo debia ser un hombre en el vigor de su edad. Vivía entonces en Atenas, sea que hubiese nacido allí mismo, sea, como algunos pretenden, que se trasladase á ella de la ciudad jónica de Mileto. Dicen que era cojo, y que ejercía en Atenas la profesion de maestro de escuela. La misma leyenda cuenta que los espartanos, de órden del oráculo, habian pedido á los atenienses un jefe capaz de encargarse de la direccion de la guerra, y que los atenienses, por irrision, les enviaron á Tirteo. Pero se vió que este humilde personaje fué un poeta de genio y un héroe.

No negamos que esta tradicion se halle conforme con la realidad; pero raya en maravillosa, y no es de extrañar que se la considere como un mito, antes que una historia verdadera. Segun ciertos críticos, la expresion que traducimos por *maestro de escuela* significa, no que Tirteo enseñaba á leer y escribir á los niños, sino que era un maestro

en lo que se escribe , un maestro de estilo , un escritor , un poeta que tenia sus discípulos , como Homero y Hesíodo habian tenido los suyos. Tocante al epíteto de cojo , dicen tambien que se aplicó por corrupcion á la persona del poeta , pues al principio solo indicaba el carácter particular de la versificacion de Tirteo. Tirteo-el cojo , es Tirteo el poeta elegíaco , el poeta cuya poesía anda con dísticos , sobre dos versos de desigual medida.

Lo cierto es que Tirteo habia ido de Atenas á Lacedemonia , y que durante la lucha prestó señalados servicios á los espartanos , sofocando con sus consejos las discordias que conmovian la ciudad. Los espartanos , cuyos dominios invadiera el enemigo , pedian á voz en grito un nuevo reparto de tierras , esto es , un desquiciamiento social: Tirteo les indujo á deponer tan insensatas pretensiones , y el interés supremo , la defensa de la independendencia nacional , acalló á su voz todos los intereses privados , todas las rivalidades , todas las pasiones aviesas. Desgraciadamente , casi nada queda de la famosa elegía que obró aquellas maravillas , ó que á lo menos fué parte para obrarlas. Los antiguos la citan con los títulos de *Eunomia* y *Policia* , palabras que significan : la una , buenas instituciones ; la otra , gobierno del Estado.

Los dorios del Peloponeso no eran bárbaros. El cultivo del entendimiento tambien formaba parte de su educacion. A pesar de la rudeza de sus costumbres , la música les gustaba , y en sus fiestas nunca faltaba la poesía. « En las fiestas públicas , dice Plutarco (1) , habia tres coros , segun las tres diferentes edades. El coro de los ancianos entona-

(1) *Vida de Licurgo.*

ba el cánto: *En otro tiempo fuimos jóvenes y valientes.* El de los jóvenes respondia: *Ahora lo somos nosotros. Acércate y verás!* El tercer coro , el de los niños , decia á su vez: *Y nosotros un dia lo seremos , y mucho mas valientes aun.* En general , si consideramos las poesías de los lacedemonios , algunas de las cuales han llegado hasta nosotros , y las marchas militares que tocaban con la flauta cuando iban al enemigo , reconoceremos que Terpandro y Píndaro no anduvieron desalentados al hacer del valor el compañero de la música. Dice el primero , hablando de Lacedemonia: « Allí florecen el valor de los guerreros y la musa armoniosa , y la justicia protectora de las ciudades. » Y Píndaro : « Allí se ven consejos de ancianos , y de valientes guerreros con la pica en la mano , y coros , y cantos , y fiestas. » Ambos nos representan á los espartanos tan apasionados por la música como por la guerra ; y en efecto , *hay dos cosas que valen una por otra: empuñar el acero y tocar bien la lira* , como dice el poeta lacedemonio. »

No es pues extraño que Tirteo hallase en Esparta un auditorio profundamente simpático , y que sus cantos hiciesen viva y duradera impresion en los ánimos. El poeta jónico ó ático (en aquel tiempo era lo mismo) , no dejó de hablar su lengua acostumbrada , aunque se dirigiese á los dorios. El dialecto jónico era todavía el idioma comun de la poesía , y familiarizados los dorios desde la niñez con los acentos de la Musa , no necesitaban que Tirteo , para que le entendiesen , desaprendiera la lengua de Hesíodo y Homero. Con todo eso , en los versos de Tirteo respira un espíritu dórico y espartano , esto es , la razon austera , el amor á la gloria , el temor á la infamia , el desprecio á la muerte , y lo que

comprende lo demás , la profunda lealtad á la patria. Las bélicas exhortaciones del poeta no las conocemos únicamente por vagas indicaciones , ó por fragmentos mas ó menos preciosos : poseemos tres elegías suyas , que quisiéramos poder trascribir íntegras , para que se comprendiese cómo alcanzó Tirteo en la estimacion de los griegos el primer puesto de los poetas , y cómo mereció que Horacio citase su nombre al lado del de Homero. Traslademos á lo menos la primera de las tres composiciones , salvo algunos versos de color algo antiguo que no nos hemos atrevido á traducir.

« Bello es , para un hombre valiente , caer en las primeras filas de batalla , y morir defendiendo su patria ; pero no hay destino mas lamentable que abandonar su ciudad y sus fértiles dominios , é ir á mendigar por el mundo , arrastrando en pos á una madre querida , y á un padre anciano , y á tiernos hijos , y á una legítima esposa. El fugitivo será un objeto de odio entre aquellos á quienes fuere á pedir asilo impelido de la necesidad y de la espantosa miseria. Deshonra su linaje , degrada su hermosura , y tras él van todos los oprobios y todos los vicios. Andando así errante el hombre , ninguna prez resplandece sobre su persona , ya ningun respeto florece sobre su nombre. Lidiemos pues con desnudo por esta tierra , y muramos por nuestros hijos. No mireis mas por vuestra vida , oh jóvenes ! antes combatid á pié firme , apretados unos contra otros. No emprendais la vergonzosa fuga , ni cedais al temor ; encended en vuestra alma un grande y heróico valor , y no penseis en vosotros en la lucha con los guerreros. Tocante á los ancianos , cuyas rodillas ya no son ágiles , no huyais abandonándoles ; pues es una ignominia que , caido en los prime-

ros puestos de la pelea , yazca delante de los jóvenes un anciano de cabeza ya cana , de blanca barba , exhalando en el polvo su valerosa alma... Todo sienta bien á la mocedad. Mientras hay la noble flor de la juventud , el guerrero es para los hombres un objeto de admiracion , y un objeto de amor para las mujeres durante su vida ; y aun es hermoso cuando cae en las primeras filas de batalla. »

La segunda elegía no cede á la primera. Es la misma energía de sentimiento , la misma viveza de imágenes , el mismo brio de expresion. El poeta recuerda á los espartanos que son de la progenie de Hércules , y que Júpiter aun no ha apartado de ellos sus miradas ; pondera largamente las ventajas de la bravura , y pinta con imponentes colores la ignominia de la cobardía. No siempre sucumbe el valiente ; no siempre salva el cobarde su vida : « Pero es indecoroso , dice Tirteo , un cadáver tendido en el polvo , con la espalda atravesada por la punta de una lanza. » Vienen en seguida los consejos del soldado sobre el órden de batalla , y sobre el modo de descargar los golpes. Esta parte de la elegía es algo técnica , y en la traduccion perderia casi todo su mérito. Citemos empero algunas palabras , que forman un cuadro acabado : « Mantengámonos firmes , con las piernas separadas , con los dos piés bien sentados en el suelo ; muerdan los dientes el labio ; el vientre del broquel proteja abajo los muslos y las piernas , y arriba el pecho y los hombros. Blandamos en la diestra la terrible lanza ; sembremos el espanto agitando el penacho que sobrepuya nuestra cabeza. »

La tercera elegía comienza con un nuevo panegírico de la virtud guerrera. El poeta pone el valor en la primera clase de los bienes de este mundo. Ya viva , ya muera , el

valiente recoge un fruto inestimable de su abnegacion. En el primer caso, «todos, dice Tirteo, jóvenes y ancianos, lloran á cual mas, y la ciudad entera está sumida en un duelo profundo. Y su sepulcro y sus hijos son afamados entre los hombres, y los hijos de sus hijos, y su linaje en la posteridad. Nunca perece su noble gloria, ni su nombre; antes bien, aunque esté debajo de la tierra, permanece inmortal... Si por el contrario, se libra de la muerte que extiende sus golpes sobre la tierra; si vencedor, obtiene noble reputacion de valiente, todos le honran, jóvenes y viejos; y despues de ser colmado de honores desciende á los infiernos. Mientras encanece, brilla con esplendente lustre entre sus conciudadanos: por respeto y por justicia, nadie piensa en perjudicarle. Levántanse todos de su sitio para hacerle lugar, todos indistintamente, los jóvenes y los de su edad, y los que antes de él nacieron.» La conclusion de Tirteo es que el hombre ha de esforzarse para alcanzar esa virtud suprema, y de luchar intrépidamente con el enemigo.

Ya sabemos cómo terminó la segunda guerra de Mesenia. Aristómenes, el héroe de los mesenios, solo consiguió retardar con su valor y su indomable porfia la sujecion de su país. Los cantos de Tirteo, y tambien los ejemplos con que apoyaba personalmente sus excitaciones, contribuyeron en gran parte al triunfo definitivo de los lacedemonios. Esparta honró á Tirteo con las distinciones que el poeta ofrecia como un estímulo á la bravura, y despues de su muerte tampoco le olvidó. Ni un espartano habia que no supiese de memoria las poesías de Tirteo. Cuando estaban en campaña, despues de la comida de la tarde y del pean en honor de los

dioses, acostumbraban recitar solemnemente las elegías compuestas por los antiguos para la lucha contra los mesenios. Cada cual recitaba á su vez, y se esmeraba á competencia en decir bien; y el que habia cantado mejor recibia del jefe un premio: su racion era mayor que la de los demás. Algunos siglos despues de las guerras de Mesenia, aun ayudaban los versos de Tirteo á ganar batallas.

Este poeta no habia compuesto solamente elegías. Quedan de él algunos versos anapésticos que, segun todas las apariencias, son restos de los cantos que servian para regular el paso de los soldados, ó que resonaban en la batalla misma. En reemplazo del anapesto (υυ-) los versos anapésticos solo admiten equivalentes completos, como el dáctilo (-υυ) ó el espondeo (- -); no tienen un número determinado de piés, y su única regla es la sucesion indefinida de los anapestos ó sus equivalentes: hasta pudiera decirse que no hay versos anapésticos propiamente hablando, sino un ritmo anapéstico que principia con el primer anapesto y acaba con el último. En la elegía no existe esta continuidad rítmica: la última sílaba del hexámetro y del pentámetro es á gusto; el verso épico puede terminar con un troqueo (-υ), y el verso elegíaco con un tribraquio (υυυ), dos piés que rompen la medida, pues son una cuarta parte mas cortos que el anapesto, el dáctilo ó el espondeo. Un ritmo perfectamente igual y uniforme es mejor para la uniformidad de los pasos de la marcha. Por lo tanto, el metro anapéstico cumplia admirablemente esta condicion, teniendo sobre el espondeo la ventaja de la ligereza; y el dáctilo, que empieza por una larga, le era inferior por la misma razon, toda vez que se trataba de impulsar el pié á levantarse del

suelo. Así es que á duras penas toleraba de vez en cuando algun dáctilo y algun espondeo en lo que tan propiamente era su dominio.

Arquíloco.

Arquíloco, contemporáneo de Calino y Tirteo, é hijo de Telesicles, quien condujo una colonia de la isla de Páros á la de Tásos hácia los últimos años del siglo VIII antes de nuestra era; nació en la misma Páros, y florecia por los de 680 poco mas ó menos. Al fin de su vida residia probablemente en su isla natal, pues fué muerto en una guerra entre los parianos y sus vecinos de Náxos. Los combates inspiraron su musa, y préciase él mismo de ser un servidor del dios Marte. No hay duda que fué un valiente, y los fragmentos de sus elegías traen á veces á la memoria los fieros acentos de Tirteo y Calino. Sin embargo, confiesa que un dia arrojó el escudo para salvarse, y limitábase á decir que se procurará otro escudo en reemplazo del que el enemigo puede presentar como trofeo. Por lo demás, en Arquíloco admiraba la Grecia, no al poeta elegíaco ni al soldado, sino al inventor de nuevos metros y de un nuevo género de poesía. Arquíloco fué el padre de la sátira, y el primero que hizo uso del yambo: á lo menos se lo apropió, segun dice Horacio, y lo empleó como un arma terrible para desahogar su furor. Hé aquí en qué ocasion abandonó las sendas trilladas para lanzarse al camino donde habia de encontrar su verdadero genio. Amaba á una jóven de Páros, llamada Neóbule. Su pasion era vehementísima, como lo indican los pocos versos que de él nos quedan. «Desdichado, abatido por el deseo, ya no tengo un soplo de vida; los dioses

lo han querido, y el cruel dolor me traspasa los huesos.... Tal es la violencia de este amor que penetró en mi corazon, extendiendo sobre mis ojos una oscura nube, y arrancando de mi seno una razon enervada.» Esos dos fragmentos no pertenecen ya por el metro á la poesia que conocemos. Vese el yambo al lado del dáctilo y del espondeo, y el troqueo ya no aparece con el oficio de mero suplente que al fin del hexámetro ejercia, sino que, como el yambo, se emplea en union de los piés antiguamente conocidos.

Parece que Licámbes, padre de Neóbule, habia prometido al principio su hija al poeta, y que mas adelante faltó á su palabra. El resentimiento de Arquíloco no tuvo límites: Licámbes fué denigrado en toda la Grecia como hombre sin probidad y sin fé; Neóbule y sus hermanas como mujeres depravadas que habian perdido toda vergüenza. Dícese que el padre y las hijas se colgaron desesperados. Dos de los versos de Arquíloco dan á creer que el airado amante no se habia limitado á las invectivas violentas y á las injurias: ponia, digámoslo así, en escena á sus enemigos; haciales hablar para presentarlos mas odiosos, ó para que unos á otros se confundiesen. Neóbule, ó una de sus hermanas, decia: «Licámbes, padre mio, ¿qué palabra acabas de pronunciar? quién te ha trastornado el juicio?»

Sin embargo, el que tan funesto uso hizo de la poesia, se llevó la admiracion de sus mismos contemporáneos. Aun mas le admiró la posteridad, sin que se tuviera dificultad en decir Homero y Arquíloco, como se decia Homero y Tirteo; y hasta subsiste un admirable busto gemíneo, el cual presenta por un lado la cabeza de Arquíloco y por otro la de Homero. La novedad de las formas métricas, la inagotable vena,

la energía de las descripciones, la habilidad con que Arquíloco atraía á su causa las malas pasiones del corazón humano, un estilo sencillo y popular, el cual era tambien una novedad despues de la solemne majestad de la epopeya y la elegía; todo esto bastaba y sobraba para hechizar á los entusiastas griegos y ensalzar hasta las nubes al poeta de Páros, al implacable enemigo de Licámbes, y sus hijas.

De toda esa poesía, de ese arte consumado, de esa inspiracion tan viva, de esa vehemencia y de esa impetuosidad, apenas queda un recuerdo. Los fragmentos de los yambos de Arquíloco que he trascrito valen muy poca cosa, y son los mas importantes que se han conservado. Pero hay otros dos que merecen mencion particular: son los principios de dos apólogos, cuyos asuntos solo pueden adivinarse, pues únicamente se ve que los personajes del uno son la zorra y el águila, y los del otro la mona y la zorra.

Nada tenemos que decir de la lengua de Arquíloco, sino que aun es el dialecto jónico, pero aproximado todo lo posible al uso comun, y bastante análogo á lo que despues fué la diction de los poetas cómicos de Atenas. Respecto de las invenciones métricas, base fundamental de la gloria literaria de Arquíloco, no tenemos la temeridad de querer manifestar puntualmente en qué consistian. Solo observaremos que en sus fragmentos hay versos de diferentes medidas. Hay el verso yámbico de seis piés, que á tanta altura habia de llegar en la tragedia y la comedia. Hasta parece que Arquíloco compuso piezas enteras en este ritmo. Pero sus versos mas comunes no son los puramente yámbicos, sino aquellos en que se combinan, en proporciones variables, el yambo y el troqueo con los metros antiguos. Tambien empleó

el verso hexámetro, pero seguido de uno de los versos de su invencion. Introdujo en la poesía yámbica el principio aplicado ya en la elegía, de hacer alternar dos versos de medida desigual, poniendo siempre el verso mas largo antes del mas corto. Esos dísticos los llamaron *épodos*; y los de Horacio son imitaciones de Arquíloco, como dice el mismo Horacio: «Soy el primero que ha mostrado al Lacio los yambos de Páros; he imitado el ritmo y la inspiracion de Arquíloco, mas no su cólera ni las invectivas con que acosaba á Licámbes (1).»

Simónides de Amorgos.

Entre sus mismos contemporáneos halló Arquíloco un émulo de su malicia, el cual manejó el yambo con notable habilidad: llamábase Simónides, vivia en la isla de Amorgos, y era muy poco conocido. Florecia este poeta por los años de 660 antes de nuestra era, y algunos afirman que fué un fundador de ciudades que habia pasado á Amorgos con una colonia samia. Tuvo cuestiones con un tal Orodécides, y le asendereó en yambos por el estilo de los de Arquíloco; mas su fama la debe á haber aplicado el yambo á la sátira moral. Nada queda de sus ataques á Orodécides; pero poseemos de él un poema sobre las mujeres en ciento diez y nueve versos yámbicos senarios ó trimetros. Este poema, sin razon incluido entre los restos de las obras de Simónides de Céos, es una como amplificacion del pasaje de Hesíodo que en otra parte hemos citado. El poeta enumera sucesivamente los diferentes caractéres femeninos, y asigna á cada uno su origen. Segun él, toda mujer proviene de algun elemento ó de algun animal; y de ahí dimanen los rasgos

(1) *Epístolas*, lib. I, epíst. XIX, v. 23.

característicos que distinguen á una de otra. Esto sentado, la mujer sucia descende de la lechona; la astuta, de la zorra; la chillona, de la perra; la holgazana, de la tierra; la mar produjo á la mujer veleidosa é inconstante; la glotona y sensual proviene del asno; la perversa, de la comadreja; la aficionada á los atavíos, del caballo; la fea y maliciosa, de la mona. Simónides trazó todos esos retratos con una sencillez algo tosca y grosera, como hombre que nunca vacila en valerse de la palabra propia, y que apenas se cura de deleitar al lector con graciosas imágenes. No depone su enojo ni cobra placidez hasta que habla de la buena ama de casa cuya excelencia y prodigiosa escasez habia ya proclamado Hesíodo. «Esta es la raza de la abeja. Dichoso el que la posee. Es la única que no merece reproche alguno. Merced á sus cuidados, la vida es próspera y pingüe. Fiel á un esposo que la ama, envejece con él y da á luz una hermosa y noble familia. Distínguese entre todas las mujeres, y circúndala una gracia divina. No la gusta estar sentada en compañía de mujeres que profieran palabras licenciosas. Júpiter es quien dá á los hombres unas mujeres de tal condicion, tan excelentes y discretas (1).»

Simónides de Amorgos resume su pensamiento general casi en iguales términos que Hesíodo: segun él tambien, las mujeres son un azote que nos ha enviado Júpiter. Consagra algunos versos á la demostracion de su principio, y con esta discusion moral da fin al poema.

No miramos con supersticion las cosas de la antigüedad, y distamos mucho de admirar como una obra maestra la humorada del poeta de Amorgos. El fin del poema carece de

(1) *Epistolae*, lib I, epíst. XIX, v. 83 y sig.

precision y á veces de claridad; no hay mucho orden en la sucesion de los diversos caractéres, ni mucho arte en las transiciones que los enlazan. Con todo eso, los versos de Simónides ofrecen bastantes bellezas que amenizan su lectura.

El Margites.

La opinion comun atribuia á Homero un poema satírico, intitulado *Margites*, nombre del personaje en él ridiculizado; pero esta obra, que Aristóteles tambien cita como uno de los poemas de Homero, se componia de versos hexámetros y versos yámbicos irregularmente mezclados, como se ve todavía en lo poco que de ella queda. La presencia del yambo no permite incluirla en las producciones de Homero, puesto que antes de Arquíloco se desconocía el yambo. Tampoco parece que haya de atribuirse á una época mucho mas antigua que la que nos ocupa. La misma singularidad de la mezcla de los dos metros nos induce á creer que el *Margites* debe figurar en el número de los primeros ensayos promovidos por las invenciones del poeta de Páros. El *Margites* principiaba como sigue: «Vino á Colofon un anciano y divino aeda, servidor de las musas y de Apolo que hiere de léjos; tenia en las manos una lira de sonidos armoniosos.» La sola palabra lira probaria que el *Margites* no era de Homero. Costaríanos trabajo decir en qué consistia el poema. Todo lo que se sabe es que en él se presenta á *Margites* como un mentecato, ó poco menos, que se tenia á sí mismo en alto predicamento. «Margites, segun el poeta, dice San Basilio, suponiendo que la obra sea de Homero, no era labrador, ni viñador, ni entendia cosa alguna útil á las de la vida.» Tenemos los dos versos cuyo sentido expone aqui

aquel santo, y otro verso en que tambien se habla de Margites: «Sabia muchas cosas, pero todas las sabia mal.» La pérdida del *Margites* es altamente sensible. En concepto de Aristóteles, esta sátira fué para la comedia lo que eran para la tragedia la *Iliada* y la *Odisea*: en ella tenian los poetas cómicos el prototipo de los caracteres que presentaban en escena, y un estilo adecuado á la pintura de las ridiculeces y de los vicios.

CAPÍTULO VIII.

Continuacion de la poesia elegiaca.

MIMNERMO.—SOLON.—LA SALAMINA.—ELEGÍA SOBRE LA ANARQUÍA.—ELEGÍAS DE SOLON EN HONOR DE SUS LEYES.—OBRAS DE LA VEJEZ DE SOLON.—ELEGÍA MORAL; POESÍAS DIVERSAS DE SOLON.—FOCÍLIDES.—TEOGNIS.—CARÁCTER POLÍTICO DE LAS POESÍAS DE TEOGNIS.—SENTENCIAS MORALES DE TEOGNIS.

Mimnermo.

A últimos del siglo VII ya no tenia que temer la Jonia, como en tiempo de Calino, ninguna irrupcion de bárbaros; pero tampoco era mas que una provincia del reino de Lidia. Esmirna tambien habia caido bajo el yugo de los vecinos que detestaba. Un habitante de Esmirna, un súbdito del rey de Lidia, aun podia ser hombre de noble condicion; pero habia perdido ya la libertad de pensamiento, la sagrada virtud de la independenciam, y con ambas cuanto enaltece la vida y la hace digna del nombre de vida. Como poeta, estaba reducido al culto de los recuerdos, ó á la predicacion de las voluptuosidades sensuales. Mimnermo es un ejemplo de ello. Habia escrito una elegía en honor de la victoria al-

canzada en otro tiempo por los esmirnios sobre Giges; pero una vez pagada esa deuda á las glorias antiguas, abandonóse completamente á la molicie y melancolia que forman la delicia de los esclavos. Mimnermo compuso la primera elegía amorosa.

Los versos que nos restan de este poeta revelan un hombre indiferente á todo, menos al placer. Segun él, los bienes supremos son la juventud y el amor: envejecer es peor que la muerte, y desea no pasar de los cincuenta, pintando con negros colores los males del hombre muy entrado en años. «Llegada la vejez, que reduce al mismo punto al hombre feo ó hermoso, el alma es de continuo acosada, abrumada de crueles afanes; ya no se goza en contemplar la luz del sol; se vive odiado de los jóvenes, y despreciado de las mujeres.» Hémos aquí muy distantes de Calino. Mimnermo vuelve perpétuamente á esas ideas con maravillosa abundancia de imágenes, con gran viveza de sentimiento, y á veces con rara energía de expresiones. Debemos decir empero que nos quedan cuatro ó cinco versos yámbicos citados con el nombre de Mimnermo, los cuales son muy insignificantes para que nos permitan decir si los yambos del poeta eran sátiras ó no. Digno era Mimnermo, á lo menos por su talento, de vivir y cantar en la patria de Homero. En efecto, pasó su vida en Esmirna, y él mismo nos dice que era uno de los colofoneses que fueron á domiciliarse en aquella ciudad, y cuyos antecesores eran oriundos de Pilos. Respecto de la época en que florecia, todo lo que se sabe de cierto es que aun estaba en el vigor de la edad cuando Solon era ya poeta; pues este le critica por el deseo de una muerte prematura, del que ya hemos hablado, y le propone